



ASOCIACIÓN PERUANA DE FACULTADES DE MEDICINA

RED PERUANA DE ESTUDIANTES DE MEDICINA (REPEM)

Juegos Florales *Estudiantiles de Medicina*

VENTILACIÓN MECÁNICA

CUENTO

MARTHA SOFÍA ROMERO CLAUDET

UNIVERSIDAD PRIVADA ANTONOR ORREGO

2do Puesto
Categoría Cuento





VENTILACIÓN MECÁNICA

Martha Sofía

Día número 113. ¡Adiós, mi amor!, gritas, y le mandas un beso volado. ¡Regreso a las ocho y media, me esperas con la terma prendida! Ella te manda otro beso. No te perdonarías si algo le llegara a pasar a esa bella sonrisa. Enciendes el carro. Retrocedes y sacas el auto de la cochera, en la radio suena Luna de miel. Te ríes porque es del grupo argentino “Virus”. Conveniente, ¿no? Toda tu vida se desarrolla alrededor de ese maldito bicho, y solo sabe Dios para cuándo llegarán las vacunas aquí.

Te quedaste en el hospital todo este tiempo, no pediste “licencia sin goce de haber” porque bien sabes que prometiste en esa juramentación, hace ya casi 25 años, dedicar tu vida al servicio de la humanidad. Giras a la derecha, entras en la avenida, estás ahora a 10 minutos del hospital. Cuán orgulloso estaría de ti Hipócrates. Si tan solo pudiera ver en las terribles condiciones que te han hecho laborar durante esta pandemia; la falta de equipos de protección personal, las guardias de 24 horas, la forma descarada en que varios dejaron de asistir de manera “justificada”. No importa, mejor piensa en todos los colegas que han seguido ahí contigo, algunos con comorbilidades y todos con muchos temores. Realmente, admirables. Superman se queda chiquito, te dices y, por fin, sonrías. Ahora estás a 2 cuadras de la cochera del hospital. Te estacionas. Abres la maleta, sacas la ropa descartable que te pondrás hoy. Prefieres cambiarte dentro del mismo carro, así evitas exposición. Puesta la chaqueta, el pantalón, el mandil y el cubre calzado, ahora toca cubrirte toda la cara. Mascarilla N95, mascarilla quirúrgica encima para protegerla (y poder reusarla), lentes protectores y, por último, el protector facial. ¿Cómo te has acostumbrado a respirar bajo todo esto? Nunca te acostumbras, la verdad.

Antes de empezar las consultas, recuerdas a tu padre que se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos. Ahora que lo piensas, no eres capaz de recordar la última vez que tu cabeza estuvo libre de preocupaciones. Él fue admitido por emergencias porque se le hacía muy difícil respirar y tuvo una fiebre de los mil demonios. Cuando ingresó le hicieron la prueba rápida y salió positivo. Ya lleva 3 días ahí, está grave, muy grave.



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

Entonces suena tu celular, es el jefe de UCI. Tienes un nudo en la garganta, solo esperas lo peor. ¿Qué dices Rodríguez?, ¡¿se liberó un ventilador mecánico?! -estás pasmado, ya te habías preparado para despedirte por siempre de tu padre; ahora sabes que tiene una chance más para luchar- ¡Sí, dáselo lo antes posible!, ¡te lo suplico! – ojalá que Rodríguez recuerde que le regalaste 2 mascarillas N95 a inicios de la pandemia, cuando costaban 80 soles cada una. Por fin vas sintiendo que esa opresión en el pecho que llevabas desde que internaste a tu padre se libera de a pocos. ¡Gracias hermano!, pronto subo a piso para ver a mi viejito, te pasaste. Cuelgas, rocías de alcohol a tu teléfono y oreja y lo guardas.

Espera, ¿Te pasaste? ¿En serio le dijiste eso? Bien sabes que la única razón por la que se liberó la ventilación mecánica fue porque el paciente que la tenía antes falleció hace unos minutos. Una vida por otra vida. Ser testigo de esas transacciones solo te consume, te cansa. Esta vez es distinto, se trata de mi padre, te dices. Es verdad, cuando uno deja de ver la mortalidad de este virus como un simple porcentaje y pasa a sentir el miedo de la inminente muerte de un familiar, cambia el panorama. Pero no te agobies desde tan temprano, recién ha empezado tu guardia de 12 horas en el hospital y tienes todo el día por delante.

Estás ahora en consulta externa. Ojeas la primera historia que te entregan. ¿Sra. Manrique? Adelante, tome asiento. ¿Cómo se encuentra?, le preguntas. Tu primer paciente de hoy y ya encontraste dos errores. Su mascarilla está mal puesta; peor aún, has visto que se tocó la cara en 3 ocasiones antes de terminar su relato. Recuerda lavarte la mano 2 veces cuando acabe la consulta, te dices. Mientras redactas la actualización de su historia clínica en la computadora te miras las manos: más arrugadas de lo usual, con la piel sensible y delgada; incluso tienes pequeñas lesiones en el dorso y en los dedos por lo fuerte que te rascas al lavártelas. Ni hablar de las lesiones en tu cara por lo mucho que te ajusta la mascarilla. Es que no puedes arriesgarte; si traieras ese bicho a casa jamás te lo perdonarías.

Al menos la señora solo vino para retiro de puntos de la apendicectomía que le realizaste la semana pasada; no tendrás que acercarte tanto a su rostro. Se despiden – otra vez te da la mano, ¡lávatelas! - y le recuerdas lo importante que es mantener distancia y el correcto uso de la mascarilla en la pandemia. Gracias doctorcito, te responde. Pero ya perdí cuidado porque en nuestra casa a todos nos dio. Doctorcito, ¿sabe?, yo creo que es falso ese virus porque a ninguno nos pasó nada, un achís de mi Robertito y ya, dice. Con las entrañas encolerizadas por la



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

ignorancia e indiferencia de tu paciente, haces tu máximo esfuerzo para ofrecerle una sonrisa, a pesar que apenas si se notan tus ojos bajo toda la protección que llevas puesta. ¡Qué suerte que todos en su familia estén bien!, exclamas – ahora solo piensas en la mala fortuna de tu padre -, pero por favor, siga cuidándose y no tome su salud por sentado. Hasta pronto, señora.

La suerte de algunos es la envidia de otros, por ahí escuchaste decir. ¿No debería estar la suerte más de mi lado si mi trabajo ha sido velar por todos los infectados?, te lamentas. Predijeron que la presencia del virus nivelaría los estratos económicos, pero jamás fue cierto. Si bien has visto personas de todos los sectores morir en esas camillas, sabes que los de menores recursos eran más y sufrieron más, porque se vieron forzados a salir a las calles a ganarse su sustento y encontrar cómo sobrevivir.

No te desvíes, concéntrate. Sigue con los pacientes para que puedas visitar antes a tu padre. El técnico que te ayuda con las historias te dice que para hoy han programado 15 personas. Suspiras, un día largo por delante.

Todo fue muy rutinario, sin embargo. Los saludabas, te actualizaban sobre el estado de su problema y te despedías. No hubo ninguna complicación posoperatoria, todos contentos. Subiste a ver a tu padre y te acarició las manos. Se notaba en sus ojos que quería decirte tantas cosas, pero su estado no se lo permitía. Por favor Dios mío, todavía no te lo lleves, musitaste. Cuánto te duele verlo así. Le dijiste que volverías mañana.

Entre tantos demás quehaceres que estuviste realizando, te fijas que son ya las 5 de la tarde y otra vez has olvidado comer. Tanto trabajo y preocupaciones te hacen olvidar cosas esenciales para tu fisionomía. Vuelves a mirar tu mano y, por enésima vez, notas cómo el anillo de matrimonio te baila. Tu propósito para el 2020 había sido perder 10 kilos, pero definitivamente, no lo tenías planeado de esta manera. Ahora te ríes porque absolutamente nada de lo que pasó este año se suponía que iba a ser así.

Pensar que a estas alturas de julio ibas a viajar con tu esposa por primera vez a Europa, habías ahorrado 2 años y todo quedó truncado. Peor aún, sabes que ese dinero será usado para tu padre cuando salga del hospital. Lo más triste es que no sabes si será para pagarle enfermeras las 24 horas del día hasta que se recupere del esquelético y débil estado de salud en que lo dejará la



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

enfermedad, o si será para... no, no lo quieres ni pronunciar. Ojalá pudieras ser más optimista, pero tu formación académica y las estadísticas no te lo permiten.

El día y tus responsabilidades no se detienen, hasta que, finalmente, son ya las 8 y te puedes retirar. Dios mío, cómo te pesan los párpados. Manejar de regreso siempre es un fastidio. No importa, te dices, ahora ya podré ver a mi familia. Realmente no tienes ni fuerzas para pensar. Realizas el camino a casa por inercia y, antes de que te des cuenta, ya llegaste. Abres la cochera, ingresas, estacionas el auto y bajas.

Tu esposa te espera atenta, pero todavía no te le puedes acercar. ¿Prendiste la terma, amor?, preguntas desde el umbral de la puerta de entrada. Ella te rocía de alcohol, estando lo más alejada posible. ¡Por supuesto!, báñate rápido, te espero para cenar juntos, responde. Ya sabes que siempre me quedo preocupada cuando te vas, musita. No puedes abrazarla todavía, reflexionas, espera un rato más.

Te quitas los zapatos, entras. Subes a la azotea, donde está la lavandería. Te quitas la ropa, la metes a lavar. Maniáticamente te echas más alcohol al cuerpo. La verdad que ya ni lo piensas, solo lo haces. Preferirías llegar y tirarte a dormir, pero no, siempre precavido porque amas a tu familia con toda el alma. Pisas la ducha y el agua caliente alivia un poco lo tensionada que está tu espalda. ¡Dios!, cuánto te cuesta mantener los ojos abiertos.

Entras a tu cuarto y terminas de secarte. Miras tu triste cama de plaza y media, porque hace meses que ya no duermes junto a tu esposa. Tan aislado y sientes que no basta para asegurar su protección. Ya estás cambiado y fresco y antes de bajar te lavas las manos y la cara una vez más. Ahora sí, puedes ir a comer.

Llegas al comedor y abrazas, por fin, (¡por fin!) a tu hermosa mujer. Acaricias su pancita que contiene un nuevo haz de vida. Sonríes, le das un beso instintivamente. Pero cuando lo haces algo te paraliza. No debiste haberlo hecho. ¡No debiste haberlo hecho! Piensas que no importa cuánto te protejas o cuán memorizado tengas tu protocolo de cuidado: siempre tendrás miedo. Tal vez hoy te saltaste un paso, tal vez hoy sea el día fatal. Sabes que por más ínfima que sea, siempre existe una chance de contagio y eso te carcome por dentro. Porque tal vez este sea el último beso que le puedas dar, porque ya la contagiaste, irá al hospital y quién sabe si volverá. O si le cederán su ventilación mecánica a alguien más.